

Libros

16

A QUÉ LLAMAMOS
EROTISMO

¿Qué es el erotismo? Para explicarlo, Georges Bataille necesitó al menos cuatro ensayos. En este trazó su Historia

En la reflexión sobre el erotismo, Bataille (1897-1962) ocupa un lugar importante y peculiar. Heredero crítico de Sade y de Hegel, de Marx y de Nietzsche, entendió el erotismo como tensión entre la prohibición y la transgresión. Se interesó por el origen de la prohibición del incesto y por los conceptos de economía (retención y gasto) en la sexualidad humana, sacrificio, misticismo...

Antes de escribir *Historia del erotismo*, a la que seguirían *El erotismo* y *Las lágrimas de Eros*, Bataille publicó *La parte maldita* (1949), una obra que participa de muchas de las ideas del Colegio de Sociología, del que fue figura central, junto con Callois. La deuda de algunos conceptos con la antropología es notable. Pero lo importante es el centro de su reflexión, tan original como provocativa.

Bataille considera el erotismo como soberano e inútil, a diferencia de la sexualidad, que tiene siempre una tarea encomendada. El erotismo es ficticio y nos funda como humanos. La prohibición sexual (el incesto) puso en valor a su objeto, ya transformado en erotismo.

«No» a la naturaleza

Para Bataille, el incesto constituye el primer testimonio de la negación humana de la sexualidad animal. El matrimonio se constituye como la esencia del don: la renuncia y la clasificación de prohibiciones. Esta negación de la naturaleza supone la negación de la animalidad, el horror a la misma en cuanto que nos constituye, un horror que está unido a todo erotismo.

La sexualidad humana colinda con el horror a la naturaleza y la muerte: para afirmarse tiene que rozar los límites de la transgresión, que nunca supera del todo porque el erotismo sostiene lo que transgrede. La prohibición original es madre de lo sagrado, que a su vez participa de la independencia,

todo lo contrario de lo natural, que es condicionado.

En sus calas en la Historia de la formación del erotismo, Bataille analiza nuestra relación con los excrementos, los malos olores y los sacrificios. Se sintió desvelado por ese «momento» en el cual el hombre dijo «no» a la naturaleza. Un «no» que lo funda pero que no puede negar su compleja constitución, natural y simbólica.

Un ser aislado

El erotismo es un exceso gratuito, «la parte maldita», opuesta al trabajo (la otra modalidad humana). Así pues, toda afirmación de totalidad, de plenitud erótica, oculta el horror a la animalidad, en cuya negación se asienta. Bataille relacionaba la posibilidad de la totalidad (erótica, amorosa) con la necesidad del sacrificio, de ahí la búsqueda de la transgresión, de llevar la afirmación erótica a los límites (lo inhumano, la muerte, el exceso).

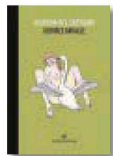
En parte, este lenguaje nos recuerda a Sade y su tradición, pero mientras que en Sade todo

está al servicio del placer de la negación, tan personal que niega el erotismo y convierte al individuo en un ser aislado -de la naturaleza, de Dios, de la Historia-, en

Bataille hay una búsqueda mística de totalidad, y sobre este aspecto escribió algunas de las páginas más inteligentes y creativas. De hecho, considera el amor como una apertura al universo y una afirmación, momentánea, de lo discontinuo.

Pero el amor no fue el tema de Bataille, aunque hizo al paso algunas observaciones precisas y memorables. Ese fue el tema de algunos de sus conflictos contemporáneos, como André Breton. Bataille, al condicionar el erotismo y el amor a la «interdicción», tal vez nos encadenó a un mito.

JUAN MALPARTIDA

HISTORIA DEL EROTISMO
GEORGES BATAILLE

Ensayo
Trad.: Javier Palacio
Tauste
Errata
Naturae,
2015. 18 euros
★★★★★

INGLATERRA ES
COMO DON PÍO

Londres bajo las bombas es el eje de las crónicas que Augusto Assía envió a España durante la Segunda Guerra Mundial. Recopiladas en dos libros, ahora se reeditan en un solo volumen

Augusto Assía consiguió ser censurado por la República y por el franquismo. Fue comunista y encargado de la prensa del Gobierno de Burgos. Estuvo en la reunión moscovita del Pen Club en 1932 con Pasternak, Gide o Dos Passos. Se enfrentó a Goebbels en Berlín (y fue expulsado del país). Narró los juicios de Núremberg. Estuvo en la Alemania fundacional de Adenauer y contó la firma del Tratado de Roma. Es posible que también fuera espía aliado. Y, sobre todo, trabajó de corresponsal en Londres desde el primer día de la guerra

mundial. El único español que vivió y narró la guerra desde allí (aunque Chaves Nogales estuviera en la capital británica del 40 al 44, cuando murió). Compartió mesa con Franco y fue anfitrión de Indalecio Prieto. También corresponsal en Nueva York y Washington. Y un día sorprendió a Truman bajándose los calzoncillos. Augusto Assía, recuerda Xavier Pericay, fue el legítimo heredero de Gaziell (su director en *La Vanguardia*). Xammar, Pla, Camba, Corpus Barga y Cha-

ves Nogales. Todos esos nombres que el columnismo joven tiene tatuados en su carnet de baile y citas.

Tolstói y Marco Polo

Augusto Assía, seudónimo de Felipe Fernández Armesto, nació en A Mezquita, Orense, en 1906 y murió en 2002 en su pazo gallego rodeado de vacas. Si Si-gourney Weaver sacó su nombre de *El gran Gatsby*, el de Augusto Assía se atribuye a Tolstói y a un acompañante de Marco Polo. Fernández Armesto

**AUGUSTO ASSÍA
ESCRIBIÓ DE LA
GUERRA Y LA
VIDA COTIDIANA
DESDE LA
ANGLOFILIA
MÁS DESATADA**

Printed and distributed by PressReader
PressReader.com • +1 604 278 4604
COPYRIGHT AND PROTECTED BY APPLICABLE LAW



FUEGO ENEMIGO

Entre el 7 de septiembre de 1940 y el 16 de mayo de 1941 la «Luftwaffe» alemana bombardeó incansablemente Reino Unido. Assia estuvo allí para contarlos. A la izquierda, Churchill visita las calles del East End londinense tras un ataque. Abajo, la población se refugia en el metro



publicó sus primeros artículos en 1924 en *El Pueblo Gallego* de Vigo y en 1929, ya con el seudónimo, empezó a colaborar con *La Vanguardia*, periódico al que seguiría vinculando hasta 1985. Incluso en 1994 escribió una pieza sobre la crisis en el matrimonio de los príncipes de Gales.

Por correo aéreo

Empezó con la corresponsalía berlinesa y se trasladó a Londres, donde escribió de la guerra y la vida cotidiana desde la anglofilia más desatada y una profunda admiración por Churchill. En 1946 ya se editaron esos casi cien artículos británicos que reúne *Cuando yunque, yunque*. *Cuando martillo, martillo*, entonces en dos volúmenes. Por un lado, los de la Inglaterra golpeada como un yunque. Por otro, los de Gran Bretaña convertida en martillo. *La Vanguardia* creó una editorial específicamente para la publicar esas crónicas que no sólo habían estado saliendo durante en el periódico de Barcelona. Este las cedía a *El Correo*, *El Diario Vasco* y *La Voz de Galicia*. Sus crónicas lo convirtieron en una de las pocas voces que defendieron a los aliados. La mayoría de la prensa española tiraba hacia el pronazismo.

Desde Londres, adonde había vuelto tras la Guerra Civil,

enviaba las crónicas a través del télex y del teletipo de la United Press, con la que *La Vanguardia* había llegado a un acuerdo en los años 20. Un avance. Recordaba el propio Assia (lo recoge Pericay en *José Pla y el viejo periodismo*) peores tiempos para los corresponsales: «Humildes misivas postales sostenían el único contacto con las respectivas redacciones, algunas de las cuales ponían a la cabeza de las crónicas un ostentoso 'por correo aéreo', como si el 'correo aéreo', fuera el colmo de la diligencia». Fue Eugenio Montes el primero en usar el teléfono para enviar sus crónicas desde París a *El Debate*. Y ya en 1931.

Contra la brujería

Su estilo periodístico es sencillo, descriptivo e informativo. Los temas abarcan desde los bombardeos («me he pasado la mañana sacando cristales de todos sitios y polvo de mis narices») al guardarropa de un *gentleman*. Del regreso de los soldados de Dunquerque a la cesión de Cliveden (el palacio de los Astor) al National Trust, una de esas peculiares instituciones británicas que a Assia tanto le gusta glosar y loar. También lo es el humor, que él usa. Por ejemplo, en una crónica sobre tres viejas y un droguero que

habían montado un centro espiritista con un gato negro, un papagayo y un lagarto y estaban siendo juzgados de acuerdo a una ley contra la brujería del siglo XVIII.

«Si la reagrupación de artículos en forma de libro exige una explicación, pídale a usted a los autores de este. Sólo respondiendo a sus reiterados requerimientos, he accedido a que fuera publicado», escribía Assia en la primera edición de 1946. Un liberal con sentido común en la corte del rey Jorge. Un escritor de crónicas morales. De crónicas limpias, sin citas. Aunque a veces tire de algún nombre y lance la pedrada: «Aquí en Inglaterra todo el mundo es un poco como don Pío Baroja. Ecléctico, irreductible, sentimental respecto a las cosas pequeñas y despectivo respecto a las grandes».

ROSA BELMONTE

CUANDO YUNQUE, YUNQUE. CUANDO



MARTILLO, MARTILLO
AUGUSTO ASSIA
Libros del Asteroide,
2015. 24,95 euros ★★★★★

ABC cultural

SÁBADO, 14 DE FEBRERO DE 2015
abc.es/cultura-cultural/cultural.asp 17

LA REVOLUCIÓN HÚNGARA CONTADA POR MONTANELLI

Montanelli fue testigo de la Revolución húngara del 56. Crónicas desde el epicentro de la revuelta contra Moscú

Periodista mítico, el italiano Indro Montanelli (1909-2001) fue también un escritor prolífico que dividió su producción entre obras de teatro, ensayos históricos, recopilaciones de artículos, reportajes y entrevistas a personajes famosos (Churchill, De Gaulle, Juan XXIII) o guiones célebres, como el realizado para la película de Roberto Rossellini *El general Della Rovere* (1959).

Enviado especial durante años y firma de lujo del *Corriere della Sera*, en 1974 dejó este periódico para fundar uno propio, *Il Giornale*, y más tarde *La Voce*. En 1995 regresó al *Corriere* en calidad de editorialista. En 1996 recibió el Premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades, ex aequo con Julián Marías. Reportero desde su juventud y enemigo frontal del fascismo, lo que le llevó a apoyar al bando republicano durante la Guerra Civil española, en Alemania logró un legendario encuentro con Hitler, que narró en *Il testimone*.

Nada que declarar

Siendo corresponsal del *Corriere* asistió a tragedias de la Historia europea como la fallida Revolución húngara de 1956, que le inspiró primero una obra teatral y luego una película, *Los sueños mueren al alba* (1960). Ahora, por vez primera, y con el título de *La sublime locura de la revolución*, aparecen reunidas las magníficas crónicas de aquellos sucesos trascendentales que influirían en un considerable reguero de acontecimientos políticos posteriores, incluida la Primavera de Praga de 1968.

En el caso de los húngaros, se trataba de la primera revuelta popular, tras el fin de la Segunda Guerra Mundial y la división de Europa en bloques, de un país del Telón de Acero. Una revuelta popular, espontánea, que Hungría emprendió para liberarse del yugo soviético y alcanzar su independencia, sin renunciar a un socialismo democrático, lejos de las órdenes

de Moscú. El movimiento estalló en Budapest el 23 de octubre de 1956, con una manifestación de miles de personas, y finalizó un mes después.

El 22 de noviembre, Imre Nagy, primer ministro húngaro, defensor de las reclamaciones de los insurrectos, fue arrestado y conducido a la fortaleza de Sinaia, en Rumanía. Dos años después, el 16 de junio de 1958, sería ahorcado por los rusos. El todopoderoso secretario general del Partido Comunista Italiano, Palmiro Togliatti, no se pronunció: «Por mi parte, no tengo nada que declarar».

Apoyo sin fisuras

Una de las cosas más vergonzosas y escalofriantes para el lector de hoy es el papel miserable que ejercieron en aquellos días los partidos europeos «hermanos». Partidos comunistas como el italiano corrieron a apoyar sin fisuras la invasión de 5.000 tanques rusos enviados a Budapest para aplastar la revuelta popular. El periódico *L'Unità* lo dejó claro: «No existe una tercera vía». Es decir, el socialismo de rostro humano era inconcebible.

La confesión de la autora del prólogo de este libro, la conocida intelectual y periodista italiana Miriam Mafai,

miembro del PCI durante años y compañera del no menos histórico dirigente comunista Giancarlo Pajetta, no es menos estremecedora: reconoce no haber leído «en su momento, cincuenta años atrás», las crónicas escritas por Montanelli para el *Corriere*. «¿Por pereza, por prejuicios, por distracción?», se pregunta. Quizá más bien por el sectarismo feroz de aquellos días, que impedía que comunistas occidentales tomaran conciencia de unos hechos narrados por un liberal insobornable —para ellos, un reaccionario— como Indro Montanelli.

MERCEDES MONMANY

LA SUBLIME LOCURA DE LA REVOLUCIÓN INDRO



MONTANELLI
Ensayo
Trad.: David Paradero Gallo Nero,
2015. 18 euros
★★★★★

Printed and distributed by PressReader
PressReader.com • +1 604 278 4604
COPYRIGHT AND PROTECTED BY APPLICABLE LAW